



STEFF / ALBUM

# Cambio de rey en España: la llegada de Carlos III

Tras gobernar veinte años el reino de Nápoles, en 1759 Carlos III fue acogido como nuevo rey de España entre el entusiasmo popular y las esperanzas por sus políticas reformistas

**E**l 10 de agosto de 1759, España se quedaba sin rey. Fernando VI acababa de entregar su alma en la localidad madrileña de Villaviciosa de Odón. Según las crónicas del momento, los españoles se quejaban entonces de que ya llevaban un año sin monarca, dado el estado de postración en el que el rey se encontraba desde que había enviudado un año antes. Y es que Fernando VI fue una persona tendente a la melancolía, y ese estado se agravó en sus últimos meses de vida. Daba incluso muestras

de demencia; intentaba morder a todo el mundo, prefería dormir sobre un par de sillas antes que en una cama y hasta hizo intentos de suicidarse.

Tras despedir al rey muerto, y dado que éste no había dejado descendencia, todo se puso en marcha para traer a España a su hermano menor, que desde hacía veinticinco años reinaba en Nápoles como Carlos VII. Así lo ordenó la reina madre, Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, que en ese momento ejercía la regencia. Mes y medio después del fallecimiento de

Fernando VI, una escuadra zarpó del puerto de Cádiz para recoger al nuevo soberano y a su familia.

En Nápoles, Carlos tomó la decisión de dejar allí a su hijo primogénito, el infante Felipe Pascual, aquejado de una disminución mental. También quedó en Italia su tercer hijo varón, Fernando, de ocho años, como nuevo soberano del reino napolitano, aunque el gobierno efectivo pasó a manos de uno de los ministros de confianza del rey, Bernardo Tanucci. Carlos se despidió de sus hijos con lágrimas en los ojos y partió con su

**NÁPOLES** y su bahía el día de la partida de Carlos III hacia España, el 7 de octubre de 1759. Óleo por Pietro Fabris. Patrimonio Nacional.



## ¡VIVA EL REY DON CARLOS III!

**EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1759**, se realizó en Madrid la proclamación de Carlos III, que aún se hallaba en Italia. El alcalde de la ciudad, en presencia de la alta nobleza, alzó el pendón real en la plaza Mayor y gritó: «¡Castilla, Castilla, Castilla por el rey don Carlos III!»; a lo que la multitud respondió: «¡Viva, viva, viva!»». Luego los cuatro reyes de armas arrojaron al pueblo monedas de oro y plata con la efigie del nuevo rey.

esposa, María Amalia de Sajonia, y sus demás vástagos, el príncipe Carlos —su heredero en España— y las infantas María Josefa y María Luisa.

### Desembarco en Barcelona

La escuadra real, formada por 17 navíos y cuatro fragatas, desembarcó en Barcelona el 7 de octubre de 1759. El hombre que se presentó entonces ante los españoles no tenía nada de majestuoso. A sus 43 años, era de baja estatura y tenía los hombros caídos, tez morena, ojos pequeños y una gran nariz prominente. La reina no era mucho

más agraciada. En cambio, la sencillez del atuendo y los modales de ambos produjo una impresión favorable. En sus primeros paseos por Barcelona, el rey llevaba casaca de color gris y calzón (pantalones) de paño negro, mientras que su esposa lucía una bata de lana como hábito de San Francisco. Afable por naturaleza, el monarca atendió a todos los que quisieron hacerle peticiones, inspeccionó las obras públicas y se interesó por los planes de mejora. Se prestó a las ceremonias de rigor, pero sin dejarse engañar por los aduladores —no en vano tenía más de veinte años de experiencia como rey, decía— y hasta irritándose ante los dispendios

innecesarios. En Lérida, unas semanas después, cuando el obispo quiso hacerle un magnífico regalo de varias joyas de diamantes, Carlos III lo rechazó con indignación, como un derroche impropio de la Iglesia: «Los obispos no tienen que dar, que todo es de los pobres», y ordenó que las joyas se vendieran y el producto se repartiera entre los necesitados.

El primer recibimiento dispensado por los barceloneses al rey fue entusiasta, y esa tónica se mantuvo a lo largo de todo el trayecto hasta Madrid. La propia reina Amalia escribió a Bernardo Tanucci: «Hace el país locuras de contento», y el rey, con su característica modestia, llegó a comentar que no sabía si merecía tanto. Por ejemplo, al llegar a Fraga, en el límite entre Cataluña y Aragón, cuando aragoneses y catalanes llegaron a pelearse por acompañar el carruaje real, el soberano hubo de poner paz diciendo «que le acompañasen todos, los catalanes a un lado del coche y los aragoneses a otro».

A sus 43 años, Carlos III era de baja estatura y se distinguía por una nariz prominente

**BUSTO** DE CARLOS III POR JUAN PASCUAL DE MENA.





**PUERTA DE ALCALÁ**, en Madrid. Diseñada por Francisco Sabatini, se construyó en 1778 para conmemorar la llegada de Carlos III a Madrid en 1759.

ARTURO ROSAS / AGE FOTOSTOCK

Después de demorarse en Zaragoza durante un mes largo para cuidar al hijo mayor, enfermo de sarampión, la familia real reanudó el viaje y finalmente, el 9 de diciembre, entre las cuatro y cinco de la tarde, hacía su entrada en Madrid. Era un día frío y llovía copiosamente, pero, pese a ello, se formó una gran multitud al paso de la comitiva. Isabel de Farnesio acudió al palacio del Buen Retiro para

recibir a su primogénito y a la prole de éste. Madre e hijo no se veían desde hacía 28 años, por lo que el reencuentro estuvo cargado de emoción.

### Gran desfile por Madrid

La entrada oficial de los nuevos reyes en Madrid y el acto de juramento se demoraron todavía siete meses. El 13 de julio de 1760, una impresio-

nante comitiva de carrozas salió del Buen Retiro y fue encontrándose, a su paso, con ciudadanos entusiastas que aclamaban a los soberanos. El aspecto de la capital hubo de mejorarse para la ocasión. Así, de los balcones pendían colgaduras y aquí y allá se habían colocado paneles decorados y banderolas.

Como el palacio Real se encontraba aún en obras, se dirigieron a la puerta del Sol por la calle de Alcalá. Desde allí se trasladaron a la iglesia de Santa María de la Almudena, donde se celebró un tedeum. Luego los monarcas regresaron al punto de

partida, pasando antes por la plaza Mayor y por la carrera de San Jerónimo. Iban acompañados por mayordomos mayores, oficiales, pajes y damas de honor, precedidos por alabarderos y guardias de corps.

Durante varios días se ofreció a los madrileños teatro, toros y otras

## LA REINA INADAPTADA

**ALA ESPOSA** de Carlos III, Amalia de Sajonia, España no le gustó nada. Las ciudades le parecían tristes, y los palacios lúgubres. Llamaba a Madrid la Palestina de Occidente, por la aridez del paisaje. Murió al cabo de un año, por un mal contraído en Italia.

**CARLOS III Y AMALIA** EN UNA MEDALLA POR SU BODA, EN 1738.



DEA / AGE FOTOSTOCK

# Los preparativos de la entrada real

**LOS MADRILEÑOS** adornaron las calles por las que Carlos III debía hacer su entrada con toda suerte de tapices, colgaduras y arcos triunfales. El cuadro bajo estas líneas, de Lorenzo Quirós, muestra la calle Mayor; unos religiosos sacan el Viático (la Eucaristía administrada a los enfermos) y todos se paran a su paso.



**Tapices.** Ornan las casas con escenas de tipo religioso.

**Arco triunfal.** En realidad estaba hecho de tela pintada.

**Arrodillados.** Todos se inclinan al paso del Viático.

**Procesión.** Sale de la iglesia de Santa María con el Viático.

SGP / ALBUM

diversiones. Al fin, el 19 de julio, el rey y el príncipe de Asturias juraron su cargo en el templo de San Jerónimo el Real, donde se habían congregado las Cortes, reunión de 72 procuradores de las principales ciudades de la monarquía.

En los meses transcurridos hasta el acto de juramento, Carlos III había actuado como todos los monarcas a inicios de su reinado. A fin de congraciarse con sus súbditos, recuperó a políticos que habían caído en desgracia, liberó a algunos que habían pasado largo tiempo presos y perdonó a los pueblos los pagos pendientes de varios tributos. Muy aplaudidos fueron sus recortes de gastos en la corte. «En mi casa no ha de haber más que una mesa, una cocina y una religión», declaró al prohibir a sus familiares que tuvieran mesa, caballeriza y librea independientes.

El país parecía, pues, enteramente en sintonía con su nuevo soberano, del que muchos esperaban que diera

un impulso a las reformas económicas y sociales que necesitaba la nación; la ejecutoria de Carlos como rey de Nápoles parecía garantizarlo. Pero el monarca también tenía enemigos secretos.

## Rumores sediciosos

Los políticos que habían medrado en el reinado anterior veían con recelo la llegada de nuevos ministros, muchos italianos. Además, la ideología de la Ilustración generaba rechazo entre los conservadores, y algunos «se desfogaban con sembrar en conversaciones particulares las voces de que el Rey y sus ministros eran herejes», e incluso profetizaban que morirían pronto.

Fue así como tomó forma una oposición nacionalista y conservadora contra el gobierno de Carlos III. Un ministro en particular, el marqués de Esquilache, concitó el rencor de buena parte de la población con medidas como el famoso decreto de prohibición del vestido

castizo, con los sombreros y capas que impedían identificar a las personas. Enseguida empezaron a circular por Madrid coplillas como ésta: «Yo, el gran Leopoldo Primero, / marqués de Esquilache augusto, / rijo a España a mi gusto / y mando en Carlos Tercero. / Hago en los dos lo que quiero, / nada consulto ni informo, / a capricho hago y reformo, / a los pueblos aniquilo, / y el buen Carlos, mi pupilo, / dice a todo: ¡Me conformo!». Finalmente, en marzo de 1766 estalló el llamado motín de Esquilache, que por un momento puso en jaque al rey ilustrado recibido con tanto fervor apenas seis años antes. ■

FÁTIMA DE LA FUENTE  
UNIVERSIDAD DE NEU-ULM

Para  
saber  
más

**ENSAYO**  
**Carlos III y la España de la Ilustración**  
A. Domínguez. Alianza, Madrid, 2005.  
**NÚMEROS ANTERIORES**  
**El motín de Esquilache, nº 44**